



Cuadernillo de Poesía Colombiana

Ediciones de

“Universidad Pontificia Bolivariana”

CORNELIO HISPANO



No. 68

CORNELIO HISPANO

Nació en Buga, departamento del Valle, el 1º de noviembre de 1880. Después de cursar estudios en la Universidad del Cauca de Popayán y en la Facultad de Derecho de Bogotá, se graduó de doctor en Jurisprudencia y Ciencias Políticas en 1905. Fue jefe de la Sección de archivos diplomáticos en el Ministerio de Relaciones Exteriores de 1902 a 1911; después cónsul en Caracas y en Iquitos y consejero de la Legación en Madrid, de 1924 a 1925. Llevado de su vieja afición al helenismo visitó detenidamente a Grecia y a algunos otros países de Europa antes de regresar a Bogotá. Fruto de ese viaje es su libro "En el país de los dioses", publicado en 1927. Sus poesías se encuentran reunidas en los volúmenes intitulados "El jardín de las Hespérides" y "Elegías Caucanas". También cultivó la historia y, en especial, la que se relaciona con el Libertador, al cual profesó siempre extraordinaria veneración. Ismael López, ese su nombre civil, murió en Bogotá en marzo de 1962. Esta Revista se honra en recoger ahora una muestra de su producción poética.

CHIMBILACO

La luna era el día; los ágiles niños
llenaban de risas y cantos la calle;
cerca, hecha unas pascuas, y toda cariños,
la abuelita blanca, como los armiños,
y lejos el vasto silencio del valle.

—Chimbilaco, que te coge el día!

—A que no me cogerá!

En la selva el fosco morrocó, turbando
la noche, lanzaba su tétrico grito,
mientras las manitas juntas sobre el blando
regazo materno, casi balbuceando,
el medroso niño rezaba el Bendito.

—Chimbilaco, que te coge el día!

—A que no me cogerá!

Tormenta lejana, con lumbres de argento
las cumbres lejanas de pronto abrillanta;
disuelto en el aire se pierde un lamento,
y sigue la abuela contando su cuento
del pájaro que habla y el árbol que canta.

—Chimbilaco, que te coge el día!

—A que no me cogerá!

Ay! Cuán brevemente pasaron las horas,
ceñidas de rosas y ensueños, antaño!
Diáfanas y frescas y retozadoras,
como en los jardines las fuentes cantoras.
Ay! con qué tristeza recuérdanse ogaño!

—Chimbilaco, que te coge el día!

—A que no me cogerá!

Si al menos, como antes, entre enredaderas
se alzara el tejado de la vieja casa,
si el huerto luciera sus plácidas éras,
sus tapias floridas y sus talanqueras...
Mas todo se acaba, pero todo pasa!

—Chimbilaco, que te coge el día!

—A que no me cogerá!

Si pudiera ¡oh sueño! volver a mi tierra
a oír las rondallas, de són elegíaco,
que cantan las hijas del pueblo en la sierra;
sentir el misterio que la pampa encierra
y ver a los niños jugar chimbilaco!

—Chimbilaco, que te coge el día!

—A que no me cogerá!

REGRESO AL VALLE

Vuelvo a ver mi antigua casa
y mi Valle y mi ciudad,
y el río que hablando pasa,
cerca del huerto natal.

Recuerdo viejos amores
y alegrías y ternezas;
lleno está el huerto de flores,
mi corazón de tristezas.

“Cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor,
cómo a nuestro parecer
cualquier tiempo pasado
fue mejor”.

De las grietas del ciruelo
mana fragante resina,
sube hacia el diáfano cielo
el humo de la cocina.

En tanto que en el madroño
y entre las tostadas parras,
sin un sarmiento en retoño,
cantan de sed las chicharras.

Las chicharras, compañeras
del labrador, precursoras
de las cosechas primeras
y de las rústicas horas.

Ellas que en sus toscas gamas
el verano nos predicen,
y, al pasar bajo sus ramas,
con sus aguas nos bendicen.

Las chicharras! Yo las quiero
con el más dulce querer,
ellas, desde el limonero,
me hablan de un rosado ayer,
cuando en noches de San Juan,
allá en la loca niñez,
cantaba yo este cantar:
“Mama luna, dame pan
que me voy a Santa Fe”.

Y entre la rueda infantil
cruzaba "el gato ladrón"
o dialogaba sutil
"la burriquita mayor".

Por aquel tiempo, recuerdo,
un pájaro sabio había,
huésped de la vecindad,
que sin cesar repetía
esta canción singular:
"Dios te dé, te dé, te dé".
Y era un pájaro tan cuerdo
que ya fuera pobre o rico
quien pasara cerca de él,
abriendo su largo pico
cortesmente le decía:
"Dios te dé, te dé, te dé".

Todos pasaban sin ver
a prójimo tan cabal,
que desde el amanecer
no cesaba en su cantar,
Y solo algún desdichado,
al oír frase tan cruel,
al pajarraco inspirado
alzaba su hosco mirar
y un torvo gesto de hiel
desarrugaba su faz;
o alguna vieja sin sal,
apolillada y trivial,
que al regresar de la misa,
con impertinente risa
y dejo chillón y amargo,
preguntaba al diostedé:
"Con ese pico tan largo,
cómo canta sumercé?"

Y nunca podré olvidar,
de esas horas encantadas,
las alegres madrugadas
en que con tanto fervor
mi abuela daba en rezar
las hermosas Letanías,
o el Trisagio que Isaías
escribió con grande celo
y oyó cantar en el cielo
a angélicas jerarquías,
mientras despertando al són,
y con acentos afines,

contestábamos al canto:
"Angeles y serafines
dicen, santo, santo, santo".

Ni las dulces nochebuenas,
inocentes y verbenas,
cuando, a la luna de plata,
así, triste, se dolía
cadenciosa serenata
al pie de la celosía
de alguna adorada ingrata:
"Clavelito colorado
de la mata te cogí,
la mata quedó llorando,
como yo lloro por tí".
Y con los trinos suäves
de la guitarra y bandolas,
alternaban voces graves
como en coloquios a solas:
"Clavelito rosicler,
perfumado con romero,
cómo no te he de querer
si fuiste mi amor primero".

Vuelvo a ver mi antigua casa
y mi Valle y mi ciudad,
y el río que hablando pasa
cerca del huerto natal.

ELEGIAS CAUCANAS - III -

Aquella niña doliente
de las precoces ojeras,
de la pensativa frente
y de las manos ligeras,
bajo estas ramas en flor,
sobre estas hojas caídas,
como en las pascuas floridas
de lejanas primaveras,
no viene a hablar de un amor
que fue su eterno dolor.

Murió en el mes de María,
una tarde, hacia el ocaso;
cuando la vieron pasar,
entre un cofre de albo raso,

ceñida de frescas rosas
y de cintas vaporosas,
y en los labios todavía
ese gesto inquietador,
los rústicos del lugar,
que en otro tiempo risueño
hablaron de su querer
y adivinaron su pena,
dijéronse: dulce sueño,
que no vuelva a despertar.

Así la vimos ayer,
así triste, así serena,
con ese mismo candor:
llevan la niña a enterrar,
pues que enterraron su amor.

HIMNO A LOS ARBOLES

De A. Retté

Loemos a los árboles hermosos
que levantan su copa en las florestas,
o en los claros vergeles, o en los valles;
árboles cuyas ramas taciturnas
se estremecen al alba, y donde anidan
gembundas las candidas palomas;
árboles que se esparcen y florecen
en los viejos tejados y en los muros
de los huertos: ¡Loémoslos a todos!

Hay manzanos esbeltos que desgranán
como lluvia de estrellas sus follajes;
álamos que se agitan y suspiran
al más ligero soplo de los vientos.
Entre las rocas los severos pinos
abren sus abanicos armoniosos,
y los enhiestos sauces, en las aguas
sumergen sus azules cabelleras.
La acacia brinda en el jardín sereno
sus nítidos racimos arcuados;
los olmos que bordean los caminos,
sus aterciopelados brazos tienden.
Los abedules cíñense de plata
al despuntar el sol, parlan los tilos,
y calla el sicomoro misterioso.

Entrelázanse trémulas las hayas;
los fresnos, a la hora del ocaso,
de llameante púrpura se cubren;
y al asomar la noche, entre las frondas,
se aduermen las encinas centenarias.

Amemos a los árboles y unamos
a su voz nuestra voz, para que alegres,
elevemos un canto al universo,
y el bosque nos impregne sus esencias,
y con su rica savia nos fecunde,
y nuestra alma sedienta y palpitante,
en el mar de las hojas se confunda.

LA CIUDAD DE IS

De E. Renán

Una de las leyendas familiares
en Bretaña es aquella de la antigua
ciudad de Is tragada por los mares.
Aún se muestra en parajes escarpados
de la costa, su sitio fabuloso,
y los sencillos pescadores narran,
de la triste ciudad, cuentos dorados.

En días tempestuosos, se divisan,
bajo las bravas ondas, las veletas
de sus iglesias, y, en serenas tardes,
de brisas perfumadas y secretas,
se oye salir del piélago profundo,
con dejo de piadosa melodía,
el son de sus campanas que modulan
el himno melancólico del día.

Siento que, en los abismos insondables
del corazón, yo tengo también una
ciudad de Is, lejana y fabulosa,
cuyos santuarios sepultados luchan
por renovar sus ritos inefables,
y cuyas melancólicas campanas
aún repican llamando a los oficios
a fieles de otra edad que ya no escuchan.

Absorto, a veces, pongo atento oído
a sus dulces plegarias que parecen
salir también de un piélago profundo,

o de las soledades infinitas,
cual trémulos clamores de otro mundo,
y amo, yo en mi vejez, a la partida
del verano, escuchar aquellas voces
de una remota Atlántida perdida.

LAS FRUTAS DEL CONVENTO

Las monjas me han enviado, en esta clara
mañana, un cesto de maduras frutas
cosechadas por manos abaciales
en el sombrero huerto del convento.

Huerto cerrado por floridas tapias
en donde la bellísima radiante
su cabellera sobre el musgo suelta
y asoman las moradas campanillas;
frutas de varios climas y estaciones:
las más grandes toronjas, las papayas
mejores que dio el año, los duraznos
encarnados y suaves como seda.

En otro tiempo, con golosa envidia,
miraba, desde fuera, los parrales
tendidos en las éras, los melones
áureos, y las manzanas rubicundas.
Y me acuerdo que en otras nochebuenas,
sobre el aparador del refectorio,
mondaba las badeas, las sandías,
las piñas para hacer las ensaladas.
Fragancia de azafrán y de vainilla
conservan las antiguas alacenas
que supieron de tortas y manjares;
las arcas donde guardan las clarisas
su ropa limpia, huelen a manzanas.

Probemos, pues, las uvas que parecen
pupilas de abadesas que bajaron
para siempre sus párpados austeros
por no mirar el triunfo de la vida;
venga la sana vid que nos da el vino
y nos fuerza a ser francos y risueños,
y venga la sin par poma de oro;
sepamos el secreto de las rosas
que abrazan y perfuman los racimos.

TIERRA CAUCANA

Valle primaveral, valle sonoro
que riega el manso Cauca y guarda el Ande,
donde, en la noche, el cielo es un tesoro,
donde todo es gentil, robusto y grande!

Valle de mis canciones más sentidas,
y de eglógicos giros transparentes
que corren sobre gramas florecidas,
o entre cañaverales, balbucientes!

Valle de melancólicos pastores,
donde há tiempo yo vi la luz del día
y me embriagué de aromas y rumores:
tierra de Jorge Isaacs y de María!

Yo vuelvo a tu candor, a tu verbena,
bajo tu cielo azul y radiante,
a oír tu antiguo canto de sirena,
Valle más dulce cuanto más distante!

Hoy todo está lo mismo: entre las breñas
lúgubres se lamentan las cuncunas;
azucenas silvestres en las peñas
y garzas en las lípidas lagunas.

Tú, claro Amaime, aun corres en discreta
calma para deleite de las frondas,
y para recordarnos al poeta
israelita que ensalzó tus ondas.

Aquel dilecto hijo de las Musas
que, al pie de tus magníficos bucares,
cantó, como en sentidas cornamusas,
tus bellos dones y sus patrios lares.

Sentado en las riberas de los ríos,
más de una vez lo hallaron los pastores,
a la hora en que gimen los bujíos,
solo, en las aguas, deshojando flores.

Sobre la áspera sierra, como un nido
de palomas, se ve brillar la casa
natal, que fue un edén, y enternecido
la mira y calla el que a su lado pasa.

Allí los pomarrosos y manzanos
vertían suave sombra, y los jazmines
del Cabo y de la India, en los veranos,
perfumaban los patios y jardines.

Corrientes aguas, sobre tersas guijas,
discurrían con líricos murmullos,
adurmiendo a las cautas sabandijas,
o desgranando nítidos capullos.

Por doquiera cabañas pintorescas,
fértils lomas y ganados gordos,
quebradas resonantes de aguas frescas,
del cuerno pastoral los ecos sordos.

El aroma nativo de las éras
en flor, la greguería de los loros
sobre los guayabales, las castrueras
dolientes y el mugido de los toros.

El baño en los remansos cristalinos,
donde, entre helechos, surcan las canoas,
bajo las selvas lóbregas, los trinos
graves de las ariscas chilacoas.

La bruna campesina que regresa
de la misa del pueblo, con prolijo
paso, y cuya mirada se embelesa
al divisar, de lejos, el cortijo.

La estancia, con su roza y platanales,
sus gallinas, sus ganos y sus biombos,
con sus puercos hozando en los corrales,
y sus esbeltos hobos y cachimbos.

Las cañadas cubiertas de guabinos,
arrayanes, tomillos aromados,
donde duermen la siesta los pollinos
y braman, por la tarde, los venados.

En la montaña, el eco de las hachas,
el guabo, el tamarindo, el chirimoyo,
el canto de las ágiles muchachas
que lavaban la ropa en el arroyo,

Y, tras la brega, frescas y risueñas,
tornaban, a los rayos indecisos
del sol, cogiendo en las musgosas peñas,
macetas de azahares y narcisos.

El tibio cacahual con su sonora
puertecita de trancas que da al río,
sus mazorcas bermejas que el sol dora
y su seca hojarasca, en el estío.

La estercolada huerta con sus éras
de parras, sarmentosas y tardías,
sus hortalizas y amplias sementeras
de melones de oro y de sandías.

La madre tierra daba opimos frutos
a los dichosos amos, los rebaños,
encantados por rústicos cañutos,
triscaban al frescor de los castaños.

Y las lozanas vacas de altas ubres,
a la cálida siesta, rumiantes,
venían a tenderse en las salubres
vegas, bajo las ceibas susurrantes.

Feliz era en su chagra el fiel labriego,
que aumentaba su haber con sus sudores,
y, en el austero hogar, el mismo fuego
calentaba a los siervos y señores.

Allí, en el fondo de ese ameno huerto,
breves fueron las horas de su infancia,
y el Valle amado, de horizonte incierto,
le impregnó su tristeza y su fragancia.

Despertábanlo, al alba, el mañanero
titiribí trinando en el granado,
alegres guacharacas, o el jilguero,
que anuncia el nuevo día, alborozado.

Mientras los azulejos, las asomas
gemían, revolando en los frutales,
y su miel destilaban rosas pomas,
maduradas por brisas estivales.

Y de la erguida copa floreciente
de los umbrosos pisamos, el vuelo
desplegaban las garzas, lentamente,
cual nivea cinta en el azul del cielo.

La portada es la misma de otros días,
blanca, bajo naranjos y sauzales;
a lo lejos, en vastas serranías,
cierran el horizonte los guaduales.

La piedra de los férvidos amantes
cubierta está de líquenes y grama,
y las ovejas prósperas, como antes,
pacen, y el buey en la llanura brama.

Aquí juró con llanto amor eterno,
ella, cuyo perfume el aura exhala,
aquí leyeron, en coloquio eterno
los amores de Chactas y de Atala.

Y en una de esas noches de veranos
en que se escuchan flébiles rumores,
y como el fallecer de ecos lejanos,
en que la luna mengua sus clamores,

en que el alma, como una tierna amante,
poco a poco se aleja sonriente
para tornar más férvida al instante,
ávido el labio y la pupila ardiente;

en una noche así, bajo la parra
que en la terraza extiende sus sarmientos,
juntas, Emma y María, a la guitarra
arrancaron dulcísimos acentos,

acordes melancólicos, cadencias,
que llevaron las brisas, con sus suaves
voces inmaculadas, como esencias
paradisíacas y gemir de aves.

Todo el Cauca revive en este idilio
que una divinidad agreste inspira;
el dulce caramillo de Virgilio
aquí, como en sus Eglogas, suspira.

Es el ambiente de Virginia y Pablo,
con su sol, su ternura, su armonía,
y en medio del suavísimo retablo,
como una corza cándida, María.

Tú, Zabaletas, muestras tus remansos
clarísimos, y ofreces linfas puras
al sediento ganado y a los mansos
ciervos de tus calladas espesuras.

Pobres pasan tus aguas, porque avaro
el hombre las condujo a sus labranzas,
pero tu fondo permanece claro
y entre florales márgenes avanzas.

Verdes hiedras, bejucos florecidos,
se enredan en tus tórridas orillas,
y guardan tus atajos escondidos
el olor virginal de las novillas.

Así corres tranquilo como un día
te contempló la banda aventurera
de los conquistadores, y en tu pía
floresta habita el dios de tu ribera,

coronado de pámpanos, las manos
sobre la urna límpida descansa,
y, perdida en los ámbitos arcanos,
absorta sueña, su pupila mansa.

Tú, patrio río, abriste ancho camino
a las iberas tropas vencedoras
que, del pico más alto y argentino,
descubrieron tus vívidas auroras,

tu valle exuberante, tu robusto
clamor, tus palmas y tus áureas viñas,
cuando, bañado en púrpura, el arbusto
de Arabia decoraba las campiñas.

Tú a los bravos halcones condujiste
de la selva diuturna a la pradera,
y, en nombre de su rey, fundar los viste
en las colinas la ciudad austera.

El toro ya no muge en tus orillas,
ni a tus ondas conduce tu rebaño
joven pastor, ni ladran las traillas,
porque en el Valle enmudeció el extraño

rumor de los marinos caracoles
que señalaban, con trivial vocablo,
tras el ardor de devorantes soles,
a la grey, el camino del establo.

Segada fue la amarillenta espiga,
pastor de los acordes, y, al granado
trébol silvestre, sucedió la ortiga,
y, a la aromosa parva, el arbolado.

Mas, en tanto, en la rama florecida,
la vuelta del buen tiempo canta el ave,
y la cigarra, su canción sentida,
preludia ufana a la estación suäve.

Entonces se despojan de sus hojas
doradas los bucares, y sus ramas,
reflorecidas de macetas rojas,
de un incendio voraz fingen las llamas.

Escombros del antiguo cacerío,
aparecen, al lado del riachuelo,
muros de piedra, entre el bosque umbrío,
donde siniestro ocúltase el muchuelo,

y que recuerdan, simples y rientes
cuentos que los abuelos nos narraban,
cuando, Guadalajara, tus corrientes
sólo árboles frutales sombreaban,

y, libre y perezosa, la vacada
pastaba por los campos y colinas;
cuando sobre la pampa dilatada
se erguían las decrepitas encinas

como divinidades protectoras
y númenes augustos de tu arcana
virtud, de tus geórgicas sonoras,
de tu dulce heredad ¡tierra caucana!

Hoy la ciudad ha conquistado el río
y el Valle floreciente. Los ancianos
sepulcros que guardaban el gentío
de cien generaciones de aldeanos,

de garzas y ruínas se cubrieron
desde que el campanario abandonado
enmudeció, y la cruz de los que fueron
dejó la tierra al resonante arado.

Tierra de paz, de amor y de veranos
fragantes, y de tantas dulces cosas,
lenta la tarde cae, y tus lejanos
farallones corona el sol de rosas.

Un día, al clarear el alba, triste
dejé tus playas, bosques y rastros,
y tú, sereno Véspero, me viste
en la tarde, volver allá los ojos,

por la postrera vez, inconsolables,
pues que con esas rosas vespertinas
para siempre esfumábanse inefables
visiones, tras las plácidas colinas...

EL SOL DE LOS VENADOS

Reposan el monte y la campiña, y corre
el río, bajo el puente, balbuciendo;
tiñe de rosa el sol lejana torre,
y por el campo el buey pasa mugiendo.

Tardos y silenciosos campesinos
descienden de la sierra, duerme el viento,
y los añosos bosques vespertinos
parecen exhalar como un lamento.

Las muchachas del pueblo que en la fuente
hunden sus rojos cántaros, medrosas,
miran, bajo los árboles del puente,
temblar la onda en floración de rosas.

Suena en el aire místico tañido...
Y el poeta, en la playa solitaria,
de cara al sol, escucha enternecido
como un sueño de amor una plegaria.

Es la hora en que dejan la espesura
y vienen a pacer a los collados
y a triscar, como en tibia onda pura,
en el sol de la tarde, los venados.
